

EntRevista

Por SILVIA LIDIA GONZÁLEZ

Alirio Díaz:

entre el goce musical
y la irracionalidad del hombre



Mérida. Ocho décadas de vida le han dado las experiencias más sublimes, desde que su mano cultivaba yuca y maíz en el pequeño poblado de La Candelaria, hasta que sus finos y largos dedos lo llevaron a causar regocijo en las grandes salas de conciertos en Europa, acompañado siempre de sus raíces musicales venezolanas, y de su amada guitarra. Alirio Díaz, considerado uno de los grandes maestros guitarristas en el mundo.

En todas partes se encuentra *El diablo suelto*. Se escapa de los complejos acordes del cuatro; de las arduas lecciones en afamados conservatorios europeos; del homenaje que rinde uno de los más famosos guitarristas del mundo a la música venezolana, y de las inquietudes de su maestro: Alirio Díaz.

Más de 80 años, abundantes canas y una erosión que de manera graciosa señala en su cabeza, son producto de un largo recorrido por numerosos países, donde ha encontrado caminos abiertos por el arte, pero también –en esos rincones del diablo- oscuros episodios de insensibilidad, poca difusión cultural y lamentables casos de irracionalidad humana.

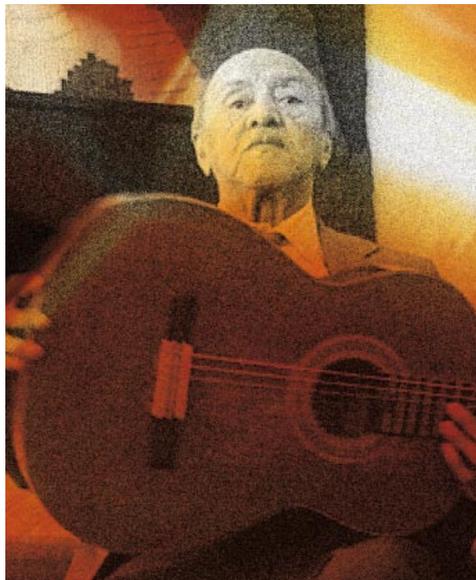
La gloria

Alirio Díaz Leal es un hombre que le ha dado mucho a la guitarra y ha recibido, en contraparte, tantas recompensas que con una sola palabra intenta atrapar: “la gloria”.

En el viejo caserío caroreño de La Candelaria, ese punto de la geografía larense que él reconoce como su aldea, la siembra del maíz y la yuca era tan cotidiana como la música. Está en sus genes. Asegura que la primera vez que escuchó una guitarra fue antes de nacer. Sus sonoras carcajadas cambian la nota seria y le acompañan como los vibratos de su acariciado instrumento, para trazar la herencia musical: “Mi abuelo tocaba muy bien la guitarra. Yo heredé su método, antiquísimo, de 1839.

Y mi bisabuelo tocaba el cuatro en los velorios de la cruz de mayo, donde se cantan salves. En mi casa se celebraba esa tradición de las cantorías. Las navidades estaban llenas de música, los matrimonios, los bautizos...eso había en mi aldea, esa tradición que es tan latina”.

Era el octavo de una familia de once hijos. Nació el 12 de noviembre de 1923 y en los años cuarenta, durante su adolescencia, dejó el campo de sus orígenes para finalizar su educación primaria en Carora. Años después iniciaría sus estudios académicos de música en Trujillo, compartiendo difíciles jornadas entre el saxofón, el clarinete, y múltiples oficios que desembocaron en el de guitarrista popular en *Radio Trujillo*.



El final de la Segunda Guerra Mundial, marcaría el inicio de un primer gran reto para Alirio Díaz: estudiar música en Caracas, bajo la tutoría de personajes como Pedro Ramos, Juan Bautista Plaza, Raúl Borges, Vicente Emilio Sojo y Primo Maschini. De la academia pasó a ser ejecutante en la Banda Marcial que dirigía Pedro Elías Gutiérrez, y nunca dejó la vena popular, acompañando a músicos que se ubicaban en la esquina de la Torre y a la orquesta de César Viera en la *Radio Tropical*.

Un lustro le sirvió para exponer el talento que lo llevaría a otros escenarios: la Escuela Superior de Música “José Ángel Llamas”, la Biblioteca Nacional y los Ateneos de Valencia, Barquisimeto y Trujillo.

Y de ahí, con apoyo del Ministerio de Educación, a Europa. En España fue acogido por el compositor y guitarrista Regino Sainz de la Maza y empezó su carrera como concertista en los escenarios más importantes de la cultura, entre Madrid, Granada, Barcelona y Valencia.

Italia fue su destino en 1951, y Andrés Segovia, su reconocido y amado maestro, en la Academia Musical Chigiana, de Siena.

En unos años se convirtió en sustituto de Segovia en la cátedra de guitarra más importante del mundo.

Sus años en Europa fueron una plataforma para la demostración de su talento individual y en grupos sinfónicos bajo la batuta de directores como Celibidache, Stokowsky,

Estévez, Kostelanez, Frubek e Iturbi.

Desde entonces, sus interpretaciones de Joaquín Rodrigo, Mario Castelnuovo Tedesco, del paraguayo Agustín Barrios Mangoré y del venezolano Antonio Lauro, le ganaron reconocimiento internacional y le permitieron, como él mismo lo dice: “La fortuna de haber dado a conocer la música de nuestro continente en todo el mundo”.

La irracionalidad y la falta de cultura

Entre guerras, dictaduras, golpes de Estado, Alirio Díaz vio la Venezuela del siglo XX desde su corazón campesino y desde una plataforma artística universal. Y hasta nuestros días, su experiencia le lleva a concluir que la música refleja el ánimo de los pueblos, “lo refleja en sus expresiones, en sus cantos, es como una forma de protesta también, es una muestra de las alegrías y las decepciones”. Los artistas –señala– son seres sumamente delicados que se decepcionan muchas veces ante la falta de estímulo, y se enfrían.

Si su guitarra hablara, el artista quisiera que fuera a nombre de Venezuela, que expresara la riqueza de una cultura enmarcada en el continente que atesora como una gran patria: “Yo soy Latinoamericano, siento tanto Paraguay como México y aspiro a que se sepa que tenemos una gran cultura, que no está siendo debidamente difundida, divulgada, sobre todo por los entes que deben tener esa responsabilidad. Porque

muchas veces son entes donde no hay la gente que debería estar y, no lo digo como una indirecta a nadie, estoy haciendo una crítica positiva... pero negativa al mismo tiempo”, aclara sin perder la sonrisa.

Sus inquietudes como promotor cultural y maestro, van de un tema a otro, de lo social a lo individual, a lo filosófico, a lo pragmático. Imposible contar sus interminables anécdotas sin la ayuda de una guitarra. El recuento de experiencias se convierte en una lección magistral y no deja de atender desde las preguntas más doctas de músicos venezolanos que provienen de conservatorios extranjeros, hasta las más simples inquietudes de los jóvenes que, con los dedos forrados de serpientes y estrellas plateadas, y gorras de estambre en la cabeza, se acercan con sus 18 años a pedir consejos para ejercitar las manos, para darles esa magia que las convierta en instrumentos del arte, como las del maestro.

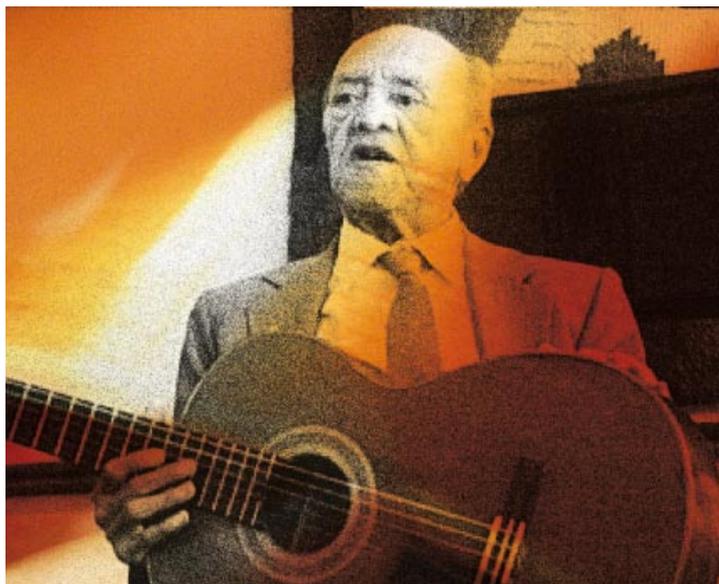
Muchos venezolanos y muchos latinoamericanos emergen de las crisis sociales intentando ser artistas para expresarle al mundo la belleza que se esconde en sus estremecidos países, y de allí surge nuevamente la propuesta del maestro Alirio Díaz: “Siento que debería haber una mayor participación del gobierno, de los entes públicos en las actividades culturales musicales, y ahí se requiere gente capacitada, que tenga conocimiento profundo de los problemas. Que sepa lo que se debe estimular y preservar. Necesitamos personas que sean conductores de esos programas a los que los artistas aspiramos, que haya mayor apoyo, mayor sensibilidad hacia estas expresiones del espíritu venezolano”.

Para contribuir a la creación de una cultura de paz en los pueblos, hace falta sensibilidad. En palabras del artista: “Tendríamos que llevar la música a quienes dirigen la cultura, a quienes son responsables de lo que está pasando, y hacerles ver la culpa que pueden tener al dejar de lado una expresión del ser humano que tal vez no conocen. Probablemente la falta de promoción sea producto de eso, de que no hay conocimiento de causa. Algunas personas se lanzan a hablar disparates y cosas así, en mi opinión, sin conocer a fondo los problemas”.

Pero los conflictos que convulsionan a Venezuela, como los del mundo, tienen también una raíz que Alirio Díaz encuentra en los propios individuos, ya que “unos quieren el cielo, otros el sol, otros la luna, cada quien tiene una mentalidad y la quiere imponer... eso es grave”.

Su interpretación de viejas lecturas, de lecciones, observaciones y andanzas, le hace reflexionar sobre la funcionalidad de las antiguas sociedades, dirigidas por “el hombre único”. “Por lo menos –acota- antes se sabía quién era el jefe. Pero ahora tenemos una crisis de dirigencia; no está bien identificada la gente que debe dirigir la política, la cultura, la guerra, la paz... y eso es un mal universal”.

Reconoce que en la historia de la música siempre hubo gente con sensibilidad y gente sin ella. Gente que ha promovido los valores de la belleza como un patrimonio de las sociedades, y gente que no lo ha comprendido de ese modo. “Y el mundo sigue así, entre la luz y la oscuridad. Una de las crisis más graves que vivimos es la irracionalidad. Somos irracionales y hacemos cosas horribles. Lo he constatado en mis viajes por el mundo, eso se ve en todas partes: la misma bestia humana. Estamos presenciando los actos más irracionales que pueden existir, esa competencia política que vivimos es como un canibalismo, y eso no es de seres racionales, ni siquiera los animales se matan de manera premeditada, como lo están haciendo los hombres”.



Y de ahí que anda “el diablo suelto”, entre las preocupaciones humanas del guitarrista venezolano, considerado uno de los mejores músicos del mundo, y el homenaje que se hace a su virtuosismo. Otro de los grandes maestros de la guitarra, cuya fama va del cine a los colosales escenarios de conciertos en Europa, el australiano John Williams, fue discípulo de Alirio Díaz y le dedicó el trabajo discográfico *Devil on the loose*, como traducción de la compleja pieza de Heraclio Fernández que es parte del folklore venezolano y que desde hace algunos meses circula en diferentes países como un tributo a la poco difundida pero indiscutible riqueza cultural de Venezuela.